

XXV

¿ Y cómo hubiera podido dejar de amar la Italia ?
 ¿ Cómo hubiera dejado de tener fé, no digo en sus
 armas (una larga desuetud las ha cubierto de orin),
 sino en la vida y fecundidad de su genio ? Acaso no
 había respirado yo por todos los poros su atmósfera
 intelectual, antes de respirar la de mi propia na-
 cion ? La patria no es tan sola la tierra en que
 nos dió su seno nuestra madre, sino la que, me-
 diante sus monumentos, hombres y libros, hizo
 despuntar nuestras impresiones primitivas é imá-
 genes rudimentarias. La primera juventud de los
 ojos, de la imaginacion y del corazon, constituye una
 naturalizacion tanto para el poeta como para el hom-
 bre. La vida del alma se mide por la intensidad de las
 sensaciones y no por el número de los años. La bella
 Ausonia es uno de esos espejismos ó visiones lumi-
 nosas en que en vez de aire se respira alma, alma á
 la vez de fuego, de languidez, de entusiasmo, de an-
 tigüedad, de juventud, de melancolía, de heroismo.
 En esa comarca visiblemente favorecida del cielo,
 el sér humano es á la vez ó sucesivamente poeta,
 amante, ciudadano, contemplador, cenobita. Las
 sensaciones no hablan sino cantan en tan amena re-
 gion, recorriendo en una hora la gama entera de
 toda una vida; y el ambiente cristalino parece ha-
 llarse impregnado de verso, melodia y éxtasis. A

este motivo debe sin duda atribuirse que Rossini y
 Mozart hayan transportado mas allá de los Alpes, y
 difundido en todo el universo una lengua de melo-
 día que ninguna otra parte del mundo consiguió
 atesorar. Estos dos sublimes artistas son, por de-
 cirlo así, la vibracion viviente, palpitante, impreg-
 nada de cuanto pueden revelarnos los sentidos en
 esta tierra de sensaciones, que á ninguna otra len-
 gua fué dado traducir en palabras; tanto exceden á
 los idiomas articulados las efusiones líricas que
 abrigan los pechos italianos. *Lo que no puedo de-
 cirse se canta* ¹; del mismo modo se puede asegurar
 que la música es la poesía de las sensaciones. Rossini
 es el Petrarca de este arte avasallador, que aspiró en
 su patria y difundió en el universo entero. La brisa
 melodiosa que recorre esta bella Península, forma
 parte integrante del ameno jardin que riega el Arno
 y atraviesan los Apeninos, brisa que á nuestros
 oidos resuena como la voz de una persona amada,
 inseparable del encanto producido por la persona
 misma; brisa que oye murmurar el viagero, ape-
 nas pisa el suelo italiano, en todos los árboles, en
 todas las olas, en la atmósfera luminosa, en los ver-
 sos escritos en la bella lengua toscana. La Italia no es
 solamente un país sino un instrumento armónico,
 y el órgano por decirlo así del mundo, en que vibra
 y resuena el sentimiento que agita los corazones é

¹ Alude el autor á un dicho de Beaumarchais muy conocido en Francia.

inflama los ánimos. ¿ Quién podrá extrañar que la bella lengua italiana tenga en vez de palabras, destellos, imágenes y melodias ?

Tal vez habrá quien se escandalice de que, en este grave período de mi vida, abrigue mi pecho tantos duelos y tantos amores al acordarme de la Italia de mis primeros años ; pero si mi alma es universal, si mi cuna es francesa, mis sentidos son italianos. La imaginacion y el amortienen tambien su patriotismo, y este sentimiento misterioso es el que me fijó en esta patria de adopcion do me arrojó la suerte, antes de llegar á la edad en que pensamos establecernos en el suelo nativo. ¿ Y cómo hubiera podido suceder lo contrario ? Mi primera mirada abrazaba á la vez al mundo y la Italia ; mi primera aspiracion absorbía el aire respirable y la atmósfera de la bella Península. Así no es de extrañar que llegase á ser Italiano por los sentidos, antes de ser Francés por el corazon.

XXVI

Ya que hemos convenido, mis lectores y yo, que este *Curso familiar de literatura* no pasará de una conversacion amena en que deben campear libres las ideas y ensancharse efusivo el corazon, me permitirán que les diga á que acaso de juventud y situacion debí ser iniciado desde temprano y para siempre en los libros y letras de la poética Ausonia.

— Ya tenemos otra digresion, exclamará tal vez

algun crítico severo ; ya se nos vuelve á descolgar el autor con nuevo acceso de personalidad, y cabalmente en una obra de la cual deberia hallarse desterrado todo asomo de vanidad para dejar la palabra á los difuntos.

— Con la mano en la conciencia, juro á mis críticos que no hay la menor sombra ni el menor arranque de complacencia individual en este proceder de la inteligencia que consiste en mostrar mi propia alma y mi propio corazon, para dar á comprender y sentir á mis lectores lo que yo mismo he sentido y comprendido al atravesar la existencia, los hombres y los libros. Yo soy el instrumento, bueno ó malo, que recibió el primer soplo del siglo al través de sus cuerdas, y trasmite el sonido acorde ó desacorde, pero sincero ; no para que los demas modulen en el mismo tono, sino para que lo juzguen y rectifiquen si tienen otro diapason en su alma.

Por otra parte, las páginas de san Agustin, M^{ma} de Sévigné y J.-J. Rousseau, como igualmente la correspondencia de Ciceron y la de Voltaire, nos convencen que una lectura asídua y satisfactoria procede incessantemente tan solo de los libros personales, pues lo que mas interesa á un hombre en una obra literaria no es esta misma, sino el hombre que la lega á la posteridad. ¿ Y porqué ? porqué un tomo solo contiene ideas ; mientras que el hombre atesora sentimientos. Ahora bien, en el libro personal, el hombre abre su corazon, mientras que, en sus demás obras, tan solo su entendimiento ; en otros tér-

minos, la mitad de sí mismo, y yo pienso como Montaigne cuando dice : *Quiero al hombre por entero.*

Ademas, todo el que quiera ser leído é instruir á sus lectores, deberá interesár, pues sin tan precioso requisito, oscuro quedará el escritor y sin frutos para quienes recorrieren sus páginas.

Ahora bien, es una ley de nuestra naturaleza moral, que el interés nunca adhiera á las abstracciones sino á las personas, pues el espíritu humano anhela dar un rostro á las ideas, un nombre á los pensamientos, una individualidad á las deducciones, un corazón á los cálculos, un alma á las teorías. Difícil sería por no decir imposible, la lectura de una obra que contuviese la historia de las ideas, al paso que sería devorada una publicacion do viésemos retrazada al vivo la vida de los varones excelsos que las representaron, pues al mismo Dios plugo criar criaturas sensibles para personificar las ideas, y á nadie es dado mudar nuestra naturaleza y hacer de la humana grey un conjunto de algebristas que alambican abstracciones, mientras que los hombres discurren y sienten como seres reales.

Así, por mal que pese á mis críticos, conste una vez por todas á mis lectores, que no es la vanidad la que me induce á aventurar mi personalidad en esta ú otras circunstancias análogas que puedan ocurrir en nuestras conversaciones literarias, sino el conocimiento de la naturaleza humana. El artista y no el hombre es quien habla por mi boca ó escribe

por mi pluma. ¡ Ah! si me conocieseis á fondo, podría decir á mis críticos, no pensaríais en acusarme de una pueril vanidad fenecida en mí hace tantos años. ¡ Vanidad! ¿ y de qué? Si, como todo el mundo, he tenido accesos de esta pasión á la flor de mi edad, los acontecimientos, las reflexiones, las humillaciones de espíritu y corazón no han tardado en abatirla, en términos que no hay actualmente un hombre en la tierra que sienta mas su nada, y anhele con mas ansia desaparecer de este palenque, en alma, en cuerpo y en nombre.

¿ Qué aliciente, qué valor puede tener la escena política ó literaria del mundo, para aquel que ha visto como se sube á las tablas y se desaparece entre los bastidores?.... No, no, os lo juro ante aquel que lee en los corazones : no abrigo ninguna de las vanidades que se me supone, pero si un tedio de esta vida, un asco por las vanidades efímeras de este mundo, que ni aun siquiera sospechan mis lectores. Así permitidme que os vuelva á hablar otra vez de mí y quejaos tan solo del método á que recurro, pues si anhelais sentir, conviene que os muestre un corazón.

PAGINAS DE VIAGE.

XXVII

Las impresiones que aquí recuerdo remontan al año 1810. En aquel entonces tenía yo diez y nueve años, una estatura elevada, hermosos cabellos no rizados, si bien undulados por su natural flexibilidad en torno de las sienas, ojos en que el ardor se mezclaba á la melancolía, y una expresión vaga é indecisa que no podía atribuirse á la ligereza ni al ánimo pesaroso. Una impaciencia juvenil de ver, de sentir, de sumergirme en una mar de impresiones á la vez formidables y atractivas, constituía á la sazón el fondo de mi carácter; fuego encubierto que el viento aspiraba á la vez y temía, corazón de doncella oscilante entre el período de ilusiones y la edad del amor. Por otra parte la timidez candorosa de mi fisonomía me daba un aspecto virginal, que acrecentaba el contraste formado por la osadía de mis aspiraciones y la irresolución de mis modales. Criado en la soledad y en la sencillez rústica, me sentía deslumbrado tanto por los aspec-

tos imponentes de la naturaleza como por la muchedumbre compacta. Salía de mis aulas, y en todo lo que se presentaba á mi vista, solo veía otro libro que leer, libro viviente que en mi ignorancia juzgaba destinado á explicar los misterios que asediaban mi ánimo. En una palabra mi corazón era un enigma cuya solución buscaba afanosa mi mente.

No repetiré aquí lo que en otra parte he insinuado, esto es, el modo con que, muy joven y casi niño, fui enviado á Italia antes de ver y conocer la Francia. Una rosa artificial desprendida de una guirnalda de baile, hollada por los convidados, envuelta después, pulverulenta y marchita, en un pedazo de gasa y escondida como un talismán en el fondo de un baul juntamente con algunos malos versos, no pasaba seguramente de una puerilidad; pero esta puerilidad había despertado los recelos de una tierna madre, y deseosa de dar nuevo giro á mis ideas, juzgó que nada era más adecuado al intento que un viage fuera de Francia. En efecto, si basta al hombre maduro cambiar de horizonte para abrir nuevo cauce á su pensamiento, ¿qué debía suceder con un niño? Aun conservo en un papel que amarillo ha vuelto el polvo de los grandes caminos de Italia, estos malos versos de diez y ocho años que envolvían la ajada flor.

« ¿Del viento embraveido dobló el soplo tu tallo,
oh rosa que en mi seno desfalleces moribunda, ó
eres tal vez hurto nocturno del ruiseñor que sobre
las flores se cierne? »

« No, de un vestido de baile caíste espontáneamente, oh triste y pálido emblema de las flores vivientes tus hermanas, y hollada fuiste bajo los pasos de los danzantes en una noche de embriaguez.

« La alegre juventud pisó incauta la flor apenas despuntó á la luz, é inclinándose desdeñosa la belidad, la arrojó marchita por la ventana como un vil resto del jardín.

« Pero yo, aficionado á rebuscar las espigas quebradas cerca de la gavilla, te recogí en mi corazón, para poder encontrar en tus hojas una embriaguez mas pura que la del olor.

« ¡ Ah! para siempre reposa abrigada en mi seno, oh rosa que muristes bajo sus pasos, y cuenta en este corazón cuantas veces palpita un sueño que jamás podrá desvanecerse¹. »

¹ Es-tu tombée au vent qui fait plier la tige,
O rose qui meurs sur mon sein?
Du tendre rossignol qui sur les fleurs voltige
Es-tu le nocturne larcin?

Non, d'une robe, au bal, tu tombas de toi-même
Sous les pieds distraits des danseurs,
Dans une nuit d'ivresse, ô triste et pâle emblème,
De ces fleurs vivantes, tes sœurs!

Ils foulèrent aux pieds la fleur venant de naître,
Et la danseuse avec dédain,
Se courbant, te jeta pâle par la fenêtre,
Comme un vil débris du jardin.

Mais moi, glaneur d'épis brisés près de la gerbe,
Je te recueillis sur mon cœur,

Y no obstante no tardó en desvanecerse completamente como todos los sentimientos prematuros de la infancia; pero en fin á este acontecimiento debí mi viage á Italia.

XXVIII

El 29 de mayo de 1810, al rayar el alba, bajé, en una silla de posta en cuyo pescante habia conseguido hallar un puesto, la última pendiente del Apennino que se precipita en la dirección de Florencia. El aire era tibio y balsámico, la atmósfera cristalina, el horizonte ligeramente empañado por plateados vapores, que parecían ensanchar el ámbito de la distancia. Los caballos galopaban envueltos en olas de polvo aromático, haciendo resonar sus ruidosos y metálicos cencerros que me daban un gusto anticipado de las castañuelas con que las jóvenes Napolitanas traducen la embriaguez de la tarantela voluptuosa. Las colinas, los castaños, los campanarios, los torrentes, las bocanadas de humo vomitadas por los volcanes, todo parecia arremolinarse á

Pour chercher sous ta feuille, ô fleur morte sur l'herbe,
Une autre ivresse que l'odeur!

Ah! repose à jamais dans ce sein qui t'abrite,
Rose qui mourns sous ses pas,
Et compte sur ce cœur combien de fois palpite
Un rêve qui ne mourra pas!

mi vista y huir detrás de mí, como si agitase la tierra un mágico torbellino. Los altos é inmóviles cipreses que allí comienzan á verdear, gigantescos obeliscos de la vegetacion, arrojaban su negra y alargada sombra en el granugiento camino; las higueras nudosas y movedizas ostentaban sus anchas y pulverulentas hojas; los olivos dejaban filtrar verduzcos los rayos solares que parecian sonreir sobre sus escabrosos troncos. Mi olfato respiraba el olor de yerbas desconocidas en nuestros climas deslavados del Norte, y el aire parecia acariciarme con emanaciones fragantes, á la manera de un perfume evaporado sobre un carbon ígneo, ó tal como el mirto oloroso que cruge y chispea en el horno que enciende el rústico aldeano de la Calabria.

Ebrió estaba de sensaciones ántes de estarlo de pensamientos. De cuando en cuando, desde la eminencia de una colina, una abertura luminosa me dejaba entrever, en el fondo de una cuenca cubierta de verde musgo, las resplandecientes cúpulas, si bien aun lejanas, de Florencia; y, á pesar de mi impaciencia, no entramos hasta el anochecer en la ciudad de los Medicis, sobre la cual se elevaba fulgoroso el ancho disco de la plena luna, cuyos plateados rayos brillaban en las durmientes aguas del Arno apacible.

XXIX

Quando, despues de atravesar las puertas de la

ciudad, volvió á rodar el carruage en las anchas losas, que constituyen el empedrado de Florencia, me pareció entrar en la sociedad de esos Toscanos ilustres, cuya memoria ejercia en mi imaginacion una especie de terror sagrado. Dante, Petrarca, Maquiavelo, los Pazzi, los Médicis, Policiano, Miguel-Angel y mil otros cuyos nombres brotaban entonces radiantes de mi fantasía, me parecian asomarse misteriosos á las ventanas de esos palacios oscuros que se elevaban siniestros á uno y otro lado de las calles; y, para que nada faltase á la ilusion, difundíase en el ambiente un olor de cedro cuyo palo oloroso forma el maderámen de los añosos alcázares de la toscana metrópoli, recordándome el aroma sepulcral de ese árbol incorruptible, empleado por los Florentinos para la construccion de los féretros do depositaban los cadáveres de sus antepasados, conservados intactos por la balsámica madera.

Los raros habitantes que circulaban en las plazas y respiraban el fresco en torno de las fuentes, comunicaban á la ciudad el aspecto de un magnífico cementerio entrecortado de monumentos y poblado de fantasmas. Mientras viva me acordaré de mi primera entrada en la ciudad de Dante.

El carruage que debia continuar su camino hasta Siena y Roma, me condujo á una hostería sin nombre, en el fondo de una callejuela detrás del palacio de Corsini y no lejos del puente de la Trinidad. Allí me alojé en un guardillon, sin mas muebles que un mal catre de hierro, una mesa, una silla y un cáu-